

ocupado! ¡Oh vida mas propia de un ángel que de una criatura mortal! ¡Oh dias verdaderamente llenos, como los desearon los santos y antes que ellos el profeta David! ¡O serie de obras todas dignas de ser presentadas á la majestad de Dios! ¡Oh coloquios que sobrepujan la condicion de las personas sujetas á las necesidades de un cuerpo corruptible y mortal! Bien sé que las otras vírgenes no llegarán nunca á ella; mas no por eso están dispensadas de seguir en pos de las doncellas que acompañan á la esposa. Esta corre, vuela, traspasa los montes y salta los valles corriendo tras su amado: ellas acuérdense de que aprovecharán tanto mas en la virtud, cuanto sigan mas inmediatamente á su reina y su guia (1).

§. XII.—Como debe ser imitada por las casadas y las viudas.

I. Las casadas hallarán tambien grandes virtudes que imitar en la que Dios escogió para que sirviera de ejemplo generalmente á todas las mujeres, cualquiera que fuese su condicion, en la que S. Gregorio de Neocesarea llama la gloria de las vírgenes y el regocijo de las casadas (2). El principe de los apóstoles será mi guia en su epístola primera, donde va recopilando las calidades que se requieren en las mujeres cristianas.

La primera calidad es el respeto á sus maridos.

II. La primera es el respeto que deben á sus maridos, acompañado de una obediencia sincera y proveniente de un amor cordial. Por eso las mas esclarecidas se han distinguido comunmente mas aprovechando para

(1) Véase la adición de la madre M. Jacoba de Blemur, que va en la nota T al fin del tomo. (2) Serm. 4 de Assumpt.

la virtud la nobleza de su origen. La casta Sara, dice el santo apóstol, no llamaba á Abraham mas que su señor; y él en reconocimiento y por muestra de cariño le mudó el nombre de Jesca, que ella tenia antes, en el de Sarai, el cual significa señora, segun observan algunos doctos intérpretes. Lo mismo hicieron santa Natalia y santa Mónica con sus maridos S. Adrian y Patricio. S. Gerónimo lo aconseja á todas las otras mujeres en la persona de Celantia diciéndole que debe ser la primera á honrar á su marido y dar ejemplo de respeto á sus criados; que por su humildad y continuos servicios ha de presentarle digno de ser honrado de todos; y que debe poner toda su grandeza en condescender con él y ceder en cuanto pueda. Con efecto siendo el hombre segun san Pablo la cabeza de la mujer, el mayor honor que esta puede recibir, es tener una cabeza que á imitacion suya juzguen todos digna de ser honrada. En esto no tuvo semejante la virgen María, porque como S. José le habia sido dado inmediatamente por el cielo, ella le miraba no solo como á su señor á ejemplo de Sara, sino como á Dios mismo, á quien obedecia en la persona de él. Consideraba que en calidad de esposo y guardador de su virginidad merecia doble honor, y ella se le tributaba con un esmero extraordinario. Fué tanto el respeto que le tuvo, que aunque le vió acongojado con motivo de su preñez, no se atrevió á decir una sola palabra para quitarle los temores que le atormentaban, y fué menester que el ángel tranquilizase al santo patriarca.

La segunda calidad es la casta fidelidad.

III. La segunda calidad que S. Pedro apetece en las mujeres cristianas, es la casta fidelidad, que ha de manifestarse en sus miradas, en sus palabras, en sus obras y en todo su porte; porque aunque la castidad conyu-

gal, dicen S. Cipriano y S. Ambrosio, no se lleve la primera corona, debida solamente á las vírgenes, sin embargo no deja de ser gloriosa delante de Dios, en atención á que no es pequeña alabanza guardar la fé en medio de tantas tentaciones y peligros y mucho mas moderar en el matrimonio el deseo de las cosas lícitas. Es verdad que las azucenas son la gala del jardín de la iglesia y que irguen su plateada cabeza sobre las otras flores; pero eso no es decir que aquellas envidien á estas la hermosura y lozania que cada una tiene segun su clase. Los vergeles deleitan cuando estan bien cultivados y regados; pero ¿no gusta tambien ver en la falda de una colina una viña bien cuidada y cargada de sabroso fruto y en la llanura las ricas mieses, que son la esperanza de toda la comarca? Pues así como en sentencia del Sabio no hay nada comparable con una alma casta, tampoco hay nada tan sucio, ni pestilente como una mujer sin recato. Sobre todo, dice S. Gerónimo (1), la mujer discreta y prudente tenga sumo cuidado de su honor, que es el apoyo de todas las virtudes de su sexo y el punto mas alto á donde pueden llegar. El honor hace recomendable á la mujer pobre, da realce á la rica, encubre la fealdad, aumenta la hermosura, es un nuevo blason para las nobles, sirve de timbre á las que no tienen ilustres abuelos y es un bien inestimable en medio de las mas terribles calamidades, pues en el saco de una ciudad por ejemplo no hay desgracia igual á la de las mujeres que tienen que sufrir la insolencia de un hombre extraño. La castidad, dice S. Cipriano (2), es el honor de los cuerpos, el ornato de las costumbres, la firmeza del pudor, la paz de la casa y la conservacion de la concordia: ella nos hace agradables á Dios, nos une á Jesu-

(1) Contra Jovin., l. 4.

(2) De bono pudicitia.

cristo, hace bienaventurados á los que la poseen, y es respetable para los que no la tienen y quieren profanarla. Es el terror y la ruina de la infamia, la firmeza de la fortaleza, el realce de la nobleza, el muro de la probidad, la destruccion de los inicuos intentos, la victoria del alma, el trofeo del cuerpo, la madre de la gloria, la esterilidad de los vicios, el candelero de la santidad, la muestra de la sinceridad, la cárcel de la incontinencia, el puerto de la honestidad, la coraza del pudor, la espada de la seguridad, la muerte de la disolucion, la cumbre del honor, el precipicio de la deshonor, el objeto del triunfo, el descanso saludable, el preservativo de la perdicion, la vida del espíritu, la muerte de la carne, en una palabra, una imitacion del estado angelical y un olvido de todo lo humano. Mas aunque mi ánimo sea mostrar que la Virgen sirvió de perfectísimo modelo en este punto á las mujeres casadas, no quiero detenerme aquí mas tiempo, contentándome con lo que se ha dicho de la castidad en diversos lugares y recientemente en el discurso que he dirigido á las vírgenes.

La tercera calidad es la sencillez y la modestia en el vestir.

IV. La tercera calidad es la sencillez y la modestia en el vestir, porque así el príncipe de los apóstoles como S. Pablo reprueban esos tocados de las mujeres que asemejan su cabeza á una torre, y las cabelleras rizadas, empolvadas, perfumadas y aderezadas con perlas y otras piedras preciosas, y condenan esas telas bordadas y ricamente labradas como lazos inventados por Satanás y como galas nada decentes para las hijas de Jesucristo. La verdadera honestidad, dice san Cipriano, no há menester de todos esos artificios, porque es bastante hermosa y agraciada de suyo sin otros atavíos. Así respondió S. Hilario á su hija Abra, tentada de engalanarse como

sus compañeras. Pedia ella perlas, y el santo le prometió una de tan subido precio, que teniéndola no estaría nunca enferma, ni envejecería, ni moriría: esa perla era la castidad. Mas añadió que para tenerla era necesario despreciar las otras perlas, porque era tan bella y preciosa, que quería estar ella sola. Fácilmente se lo persuadió Hilario, como S. Gerónimo se lo había persuadido á su hija espiritual Demetrias (1), de quien escribe el santo doctor que era un tormento para ella tener que adornarse y que á imitación de Ester hubiera llevado con tanto gusto los vestidos mas sucios y desaliñados como las galas y atavíos. Por mí confieso que no sé con qué conciencia las mujeres cristianas y particularmente las que profesan la piedad y devoción, emplean tanto tiempo en adornarse, ni cómo pueden dormir tranquilas en la necia persuasión de que no hay mucho mal en eso. Las ruego que tengan un poco de paciencia para considerar maduramente lo que escriben acerca de ello los santos doctores, de quienes deben tomar las reglas de la vida espiritual. Algunos hay, dice S. Gregorio (2), que quieren poner en cobro el vicio y hacer creer que no es malo usar vestidos preciosos: pues que me digan por qué la santa escritura señalando los capítulos de la condenación del rico avariento menciona solo estos dos; que vestía preciosamente y que daba espléndidos banquetes. Respóndanme si llevan otra mira que la vanidad y por qué se curan de ataviarse cuando no salen de casa y no han de ser vistos de nadie. Mas no se juzgue que aquí se trata solamente de una vanidad: los santos lo acriminan mas. «Estais vestidas suntuosamente, dice S. Cipriano (3), y ataviadas y emperifolladas como unas nin-

(1) Ad Demetriad. De virg.

(3) De habitu virginis.

(2) Hom. 40 in Evang.

fas; correis las calles con paso y ademanes afectados; llamáis la atención de la juventud insensata; la encendeis en deseos; le arrancais profundos suspiros; fomentais el fuego de su concupiscencia; echais aceite en la lumbre; ¡y os figurais que sois inocentes! Supongo que no os perdais vosotras; pero ¿no teneis en cuenta que sois la causa de la ruina de los demas, á quienes causais no menor daño que si los hiciérais tragar un tósigo ó les metiérais la daga en el seno? ¡Y todavía quereis persuadirme que sois castas! No, no lo creeré jamás, y aun cuando lo intentárais, os desmentiría vuestro vestido.»

V. No os engañeis, dice S. Juan Crisóstomo (1), queriendo pagarnos con buenas palabras, porque sabemos bien lo que es el mundo. Sostengo que es imposible cuidar tanto de componerse y mirar por su alma; porque ¿cómo habeis de poder pensar en ella teniendo que hacer tanto con el cuerpo, estando engolfadas enteramente en la vanidad y agobiadas con el peso de vuestros innumerables pecados? «La admirable santa Paula, dice S. Gerónimo (2), ese portento de gravedad y virtud, no encontraba jamás á una de esas mujeres muy peinadas y compuestas, á quien no diese una reprensión con el rostro y con la vista; y acostumbraba decir que la hermosura del cuerpo tan estudiada y solicitada denotaba indefectiblemente la fealdad del alma.» «Las vírgenes y las casadas honestas, dice S. Cipriano, huyan como de la peste de esos trajes primorosos, propios solo de las deshonestas y que son la enseña de las que han perdido su honor. Es imposible que las que van vestidas de seda y de grana, vayan revestidas de Jesucristo, y donde se ve tanto oro, tantas perlas y tantos diamantes, por necesidad hay que decir que falta el

(1) Homil. 37 in Gehes.

(2) Epist. 27 ad Eustoch.

principal ornato del cuerpo y del alma. Si no ¿cómo no habian de tener reparo de llevar lo que cuesta tan caro á otro y hacer alarde de las armas que estan aun teñidas con la sangre de su prójimo?» S. Gregorio Nazianceno tratando de las singulares virtudes de su hermana Gorgonia reprueba todos esos arreos de vanidad como una máquina del príncipe de las tinieblas. «Nadie, dice (1), vió jamas sus vestidos (los de su hermana) cubiertos de hojuelas de oro, ni sus cabellos primorosamente rizados ó tocados. Nunca usó de afeites, ni artificios para hermostear el rostro ó alterar lo que la naturaleza le habia dado. Juzgaba que ese cuidado era solo propio de mujeres de mala fama, porque las que tienen su honor en estima, estan persuadidas á que no hay belleza igual á la que resplandece en el alma. Su carmin no era otro que el rubor de la castidad: su albayalde era el color originado de la larga abstinencia: lo demas lo dejaba á las comediantas y á las que se vanaglorian de no ruborizarse.» Pero ¿á qué fin voy yo buscando otros ejemplos, cuando tengo en las manos uno tan excelente? Con efecto ¿qué modestia se pareció jamás á la de la madre de Dios? ¿No quedó S. Dionisio absorto y como fuera de sí al contemplarla? ¿No dicen expresamente Nicéforo, Cedreno y los demas historiadores que nuestra señora no gastó nunca otro vestido que de lana sin teñir? Yo no dudo que fuese de aquellas de quienes dice Clemente Alejandrino (2) que á imitacion de la mujer fuerte de los Proverbios manejan la lana y el lino y que con sus manos labraria los vestidos de sus criados y particularmente de su hijo; testigo aquella túnica inconsútil, que reconocen unánimemente por obra suya los santos padres. Aquí pre-

(1) Orat. 44.

(2) Pedagog., l. 3, c. 44.

guntaria yo de buena gana á las señoras cristianas si creen que esta reina del cielo gastaria tres ó cuatro horas al dia en componerse y emperifollarse, y qué fin honesto puede llevarse en un esmero y una afectacion tan desordenada. Si es por agradar á sus maridos, ¿por qué no se estan en casa? ¿A qué es darse tanto á ver, hacer tantas visitas y correr de aqui para allá? ¿A qué tantas conversaciones vanas y sospechosas? ¿Quién se persuadirá nunca á que el marido se complace en tantas superfluidades, que con frecuencia arruinan completamente á las familias mas acomodadas? ¿Quién le creerá tan poco discreto, que no juzgue que eso es mas bien cebo de incontinencia que muestra de lealtad? Mas ¿qué dirán las mujeres de tanto tiempo perdido en esas frivolidades y bagatelas? La mañana se va en vestirse y acicalarse, la tarde en visitas: ¿dónde hay en el mundo una vida mas inútil que esa? ¿Qué tiempo les queda para Dios y para el gobierno de su casa? ¿Qué ejemplo dan á sus criados, á sus hijos y á sus prójimos? Si practican algun acto de piedad y devocion, es de pura ceremonia y por cumplir. ¡Oh de qué diversa manera obran las que quieren vivir cristianamente á ejemplo de la Virgen! ¡Cuán pronto derriba la devocion toda esa pompa de Satanás, como la llaman los santos doctores, luego que de veras fija su asiento en una alma! ¡Cuán diferentes planes y aficiones se advierten! ¡Oh qué cierto es que todos esos cuidados son diametralmente opuestos al de agradar á Dios! Pero quizá me he detenido demasiado en este punto.

La cuarta calidad es un espíritu tranquilo y sentado.

VI. La última calidad que el apóstol pide, es un espíritu tranquilo y sentado, que él dice ser rico en la presencia de Dios: porque á la verdad es un tesoro no solo para la mujer cristiana, sino para toda su fami-

lia un espíritu bondadoso, dócil y templado. ¡Qué bien gobernada anda una casa donde no hay disputas y se vive á ejemplo de la sacra familia, donde no se oyen mas que palabras de bondad, de cariño, de respeto y de caridad, donde el marido manda con honor y la mujer gobierna sin voces, donde Dios es honrado y servido de todos! Al contrario afirma el Sábio (1) y atesta la experiencia que mas vale morar en tierra yerma que con mujer rencillosa é iracunda. S. Juan Crisóstomo añade (2) que preferiria vivir entre serpientes, leones y tigres mejor que con una mujer de mal genio, mas difícil de amansar que aquellas fieras. Semejante casa es un infierno abreviado; y las mujeres que así se dejan llevar de su mala cabeza, corren grandísimo riesgo de no entrar jamás en la casa de paz y de amor.

Qué deben hacer las que piensan en casarse.

VII. Aquí creia yo concluir con el apóstol; pero se presenta á mi vista una consideracion que no puedo desechar, porque es el capítulo principal en que deben imitar á la virgen María las que piensan en casarse. Hablo del cuidado con que han de tratar con Dios de su matrimonio, con que han de indagar y seguir su santa voluntad y apreciar los prudentes consejos de los que buscan el bien de ellas y no sus caprichos y sus afectos veleidosos. En esto se manifestó singularmente la prudencia celestial de la madre de Dios, que he comenzado á proponerles por modelo; porque realmente se dejó guiar del Espíritu Santo y gobernar por aquellos á quienes debia obediencia por amor de él, y

(1) Proverb., XXI.

(2) Hom. 45 de variis in Matth. locis.

de su parte no puso mas que sus fervientes oraciones y su humildísima sumision. Con este motivo propondré lo que sabemos por S. Epifanio (1), S. Gregorio Niseno (2), Sofronio (3), S. German de Constantinopla (4), Simeon Metafrasta (5), Nicéforo (6), Cedreno (7) y algunos otros historiadores y doctores (8). Todos ellos dicen de comun acuerdo que cuando la Virgen se acercaba á la edad de quince años, deliberaron sus padres qué harian con ella, no juzgando conveniente que una doncella de tan peregrina hermosura y singulares partes estuviese mas tiempo sin tomar estado; y resolvieron esperar la llegada de los parientes á Jerusalem con motivo de la fiesta de los nuevos frutos á fin de conferenciar con ellos. Luego que llegaron, se ventiló la cuestion, y la resolucion fué que era preciso casar cuanto antes á Maria. Llamada esta para que exponga su parecer dice con modestia angelical, con tono respetuoso y encendido el rostro de rubor que no puede ser, ya porque sus padres la han ofrecido á Dios, ya porque ella misma se ha obligado por voto formal á guardar su virginidad. Al oír estas palabras quedaron extraordinariamente sorprendidos los sacerdotes y parientes: por un lado semejante voto era cosa inaudita; pero por otro los detenia el gran concepto que habian formado de la virtud de la santa doncella, y el temor de cometer un sacrilegio dando dominio á ningun hombre sobre un cuerpo consagrado á Dios. Por una parte parecia que habria medio de cumplir la voluntad de sus padres casándola

(1) Hæres. 78. tione Deiparæ.
 (2) Orat. de sancta Christi (6) Hist. eccles., l. 2, c. 7.
 nativ. (7) Compend. hist.
 (3) Orat. de obitu Mariæ. (8) Cristoph. à Castro, His-
 (4) Orat. de oblatione B. V. toria Deiparæ, c. 4.
 (5) Orat. de vita et dormi-

con un sacerdote, y así estaría siempre dedicada al servicio del Señor; pero por otra se oponía la ley, la cual prohibía que una heredera única fuese entregada á un hombre de otra tribu que la suya: además quedaban perplejos con la consideración del voto de la Virgen. En medio de esta perplejidad se recurrió á Dios para saber cómo habían de gobernarse, y la respuesta fué que se congregase á todos los individuos de la familia de David hábiles para casarse y residentes entonces en Jerusalem; que aquel sobre quien recayera la suerte por disposición del cielo, fuese el esposo de María; y que Dios proveería tocante á lo demás. Es fácil de imaginar cuáles serían entre tanto las oraciones de la santa doncella y cómo encomendaría al Señor su castidad. Los ángeles no dejaban de visitarla y advertirle que se echara sin temor en los brazos de la divina providencia y que Dios cuidaría de ella; que obedeciese el mandato de los sacerdotes y que todo saldría á medida de su deseo. Llegado el día señalado y reunidos los de la tribu real, cayó la suerte sobre José, natural de Betlehen, de oficio carpintero y conocido de todos por hombre de singular mérito; por lo cual nadie dudó que Dios andaba de por medio en aquel negocio. Así el sacerdote, habiendo obtenido los consentimientos requeridos en tales casos, tomó la mano de la novia y del novio y celebró el matrimonio más santo y admirable que se ha celebrado jamás en la tierra, bendiciendo los asistentes á Dios y adorando su incomprensible sabiduría. Si se trataran así los matrimonios cristianos; si se consultase de veras á Dios y se dirigiese todo con pura intención; ¡cuán de otra manera se llegarían los fieles á celebrar un sacramento, que S. Pablo llama grande delante de Dios y de su iglesia! ¡Qué diferentes efectos surtiría de los que surte en el día! ¡Qué concordia, qué paz y amor, qué gracias y bendiciones del cielo se ha-

llarian en él para llevar las cargas del estado y alcanzar sucesión! Pero como los más de los matrimonios se ajustan con miras sensuales, por intereses terrenos y consideraciones bajas é indignas del nombre cristiano, no es extraño que resulten tantos desórdenes y que Dios sea tan poco glorificado.

Cómo deberían las viudas imitar á la Virgen.

VIII. Aquí faltaba todavía que hacer ver á las viudas la obligación en que están de imitar á la Virgen en su viudez y los medios de conseguirlo; pero bastará leer lo que se refiere en el tratado primero en el paralelo de María santísima y de la casta Judit, que son dos verdaderos espejos y dos dechados perfectos de viudas santas.

§. XIII.—Cómo debe ser imitada de los religiosos de ambos sexos.

Que la virgen María fué religiosa.

I. Parece bastaría decir que á la Virgen no le faltó ningún género de perfección para mostrar que fué un dechado muy acabado de la vida religiosa; no obstante estimo conveniente dilucidar más este razonamiento, para que se descubran mejor los singulares ejemplos que dejó á los religiosos conforme á su estado.

II. En primer lugar no puede negarse sin temeridad que los santos apóstoles, como que habían recibido las primicias del espíritu y habían de ser los maestros de toda la santidad cristiana, fueron llamados á la perfección de los consejos evangélicos y la sellaron y confirmaron con voto. S. Gerónimo escribiendo contra Joviniano, enemigo jurado de toda religión, se vale de las palabras de S. Pedro, quien hablando de sí y de sus compañeros dice: «Nosotros lo hemos dejado todo y te he-